

esto la madre, llevóla, aunque llorando, derecho á la casa de la parida para desengañarla; mostróle el niño y aquietose con esto. Pero otro día, volviendo á oír la misa del mismo Cura, al alzar la Hostia volvió la niña á ver al mismo niño que el día antes; díjoselo alborotada á su madre; y ella, dándole ya cuidado, le contó al mismo Cura lo que habia pasado. El la rogó que el día siguiente la volviese á llevar á su misa; hízolo así, y volvió á suceder lo mismo; y cogiendo el Cura á la niña le preguntó, qué habia visto. Y ella: que veía un niño muy hermoso que llenaba la Iglesia toda de resplandor. No contento con esto, al siguiente día, por hacer mayor prueba, llevó al altar dos Hostias, consagró la una, dejando aparte la otra sin consagrar; y despues, cogiendo en la mano derecha la consagrada, y la otra en la siniestra, hizo traer á la niña, y dijole: ¡qué ves? Y ella: en esta mano tienes á este niño tan lindo.—¡Y en esta? mostrándole la izquierda:—Ahi, dijo ella, tienes una oblea. Esta prueba se hizo otras veces trocando las manos; y siempre la criatura confesando lo que claramente veía, llenando al sacerdote de inexplicable consuelo este desengaño, avivando en los fieles la fé este prodigio, y publicando Dios por boca de los inocentes sus alabanzas. ¡Oh! y sea para que eternamente se las repitan nuestras almas, para que, despertando nuestra fé, se avive nuestro fervor, ya en la asistencia de la misa para que sea con una atónita devocion, y ya al recibirlo en la Comunión para que sea con grandes aumentos de gracia.

PLATICA XLVI.

DE LOS TRES MAS PRINCIPALES MILAGROS QUE OBRA DIOS EN EL
SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA.

—
A 23 de Mayo de 1694.
—

AUN mas que lo ruidoso del trueno, su mudo efecto, sobre tan espantoso, hace mas admirable al rayo; y quanto al violento estallido se publica, tanto en el estrago no pocas veces prodigiosamente se oculta, dejando tan escondida la ceniza como notoria la llama. Vióse ya alguna vez consumir de una bolsa bien cerrada, la moneda toda, haciendo al dueño la burla, y á la bolsa ni el menor daño. Vióse sin sentido la misma baina al dejarla vacia sin su espada. Vióse agotar del todo en un barril su vino, dejando el barril mismo intacto. Divina fuerza parece poder tan sutil, dijo el sesudo Séneca: *Nequidquam dubii, quin divina insit illis, et subtilis potentia.* (*Quæst. lib. 2. c. 42.*) Y lo que es mas terrible, dejando en los

hombres las apariencias de vida, les sabe introducir en un punto realidades de la muerte. Díganlo aquellos segadores de Lemnos, que refiere Cardano, (*l. 42. c. 28.*) que cuando mas alegres á la sombra de un árbol cenaban, á la violencia de un rayo no espanta que quedasen muertos; pasma sí, que los dejase á todos tan como vivos: el uno arriado como estaba al tronco, el otro llevando á la boca el bocado; riéndose el uno, tocando el otro una guitarra; y todos como los cogió el trueno, muertos en el mismo exterior ademan de vivos. Así pues, cuando el trueno se publica, el efecto prodigioso se oculta, haciendo ese grito del cielo mudanza tan admirable, que dejando la misma apariencia, muda toda la realidad: *Fallit imago*, les puso bien por mote nuestro Engelgrave: engaña la apariencia, parece uno, y á la fuerza de un rayo ya es otro. Y si á la voz de ese material trueno vemos obrarse tal prodigio, ¿qué hará el trueno de la voz de Dios en la rueda, que abrazando los cielos, ciñe todas sus maravillas? *Vox tronitui tui in rota*; la voz digo de la Consagracion sobre el orbe del pan, sobre la esfera del Cáliz, que con propiedad de rayo, dejando toda la exterior apariencia, muda en un punto en lo interior toda la realidad.

Dije ya cómo á las palabras de la Consagracion, que sobre el pan y el vino pronuncia el legítimo sacerdote, se pone real y verdaderamente el mismo Cuerpo y la misma Sangre de Nuestro Redentor Jesucristo, así como está en el cielo, bajo de las especies. Soberana verdad expresamente definida en diez Generales Concilios; celebrada con inmensos elogios de todos los Santos Padres de la Iglesia; confirmada á repetidos milagros de los Angeles; adorada con estupendos prodigios aun de

los brutos; reverenciada aun de la terquedad maldita de los demonios. ¿Mas qué se sigue de maravillas á esta la suprema de todas? Tanta, que á millares no se pudieran contar por las eternidades. Aquí es donde á la letra suenan las palabras de Job: *Qui facit magna, et incomprehensibilia, et mirabilia, quorum non est numerus.* (*c. 19.*) Apunto solo las que por mas acomodadas á nuestro corto entendimiento, excitan mas de nuestro corazon el fervor.

Puesto pues el Cuerpo y la Sangre del Hijo de Dios en su Sacramento, al instante mismo el que antes era pan ya no es pan; el que antes era vino ya no es vino; (*Conc. Tr. ses. 13. c. 2.*) porque consumida, destruida y quitada la sustancia del pan, en su lugar queda sola la sustancia del Cuerpo de Cristo; consumida, destruida y quitada del todo la sustancia del vino, queda en su lugar la sustancia de la Sangre misma del Hijo de Dios. Esta es pues, la que no pudiéndose llamar conversion ni mutacion, porque en lo que vulgarmente llamamos conversion y mutacion, queda siempre alguna parte de la sustancia que antes era, por mas que se convierta y se mude; por eso con la mas propia y mas significativa voz, la llama *transubstanciacion* nuestra fé, aplaudiendo y celebrando esta voz el Santo Concilio de Trento, porque ninguna otra puede explicar lo que aquí pasa, donde toda la sustancia del pan y del vino, con estupendo milagro, y sin ejemplar en lo criado, se destruye y se quita al ponerse la sustancia del Cuerpo y Sangre del Hijo de Dios.

¿Cómo pues, (dice ahora muy espantada nuestra rudeza) cómo no vemos allí con los ojos mudanza alguna? ¿Cómo á nuestra vista se queda el pan

como estaba antes? Preguntad eso mismo al dejar un rayo en un punto sin una sola gota de vino á un barril que estaba lleno, dejándose el barril intacto. ¿Dónde se fué todo este vino en un punto? ¿Por dónde entró este rayo tan eficaz, que no viéndose nada por fuera, por dentro se reconoce su efecto? ¿Pues no sabrá Dios adelantar mejor en la Eucaristía este prodigio?—¡Oh! que lo que ven los ojos no es sino pan, no es sino vino—Y por mas que eso vean, ¿no saben engañarse los ojos? Ubas eran en la apariencia aquellas que allí pintó Zeuxis; (*Plin. l. 35. c. 10.*) tan naturales, y tan propias, que engañado voló á picarlas un pájaro. Ese era un bruto, dirán. Pintado era solo aquel velo que echó sobre su lienzo Parrasio; tan al natural, tan al propio, que llegando Zeuxis á correrlo, fué él quien quedó corrido. Muertos colores eran los de aquel retrato de Clara Eugenia, Archiduquesa de Austria, que pintó Rubens; mas tan al vivo, que puesta en parte algo oscura, al verla el Archiduque Alberto, su marido, llegó festivo á saludarla. ¿Y lo que así sabe fingir el arte para el engaño, no sabrá disponer Dios para la verdad? ¿Lo que sabe hacer un pincel, no sabrá hacerlo mejor Dios? Que os parezca pan lo que no es pan, que os parezca vino lo que no es vino, ese es el triunfo de nuestra fé, que á pesar de los ojos conozca la verdad la razon; por esto sobre todos se llama con especialidad, Misterio de la Fé; *Mysterium Fidei*. Son Misterios de la Fé los otros, no hay duda; pero este les lleva á todos una gran ventaja. ¿Y cuál es? Que en todos los demas misterios creemos lo que no vemos; pero en este creemos contra lo mismo que vemos. El Misterio de la Trinidad Santísima, no lo vemos, pero lo cre-

emos; mas en la Eucaristía vemos pan, y adoramos el Cuerpo de Cristo; vemos vino, y adoramos su Sangre. Esa es la fé que nos enseñan en este Sacramento aun los mismos demonios.

En Cambray, refiere nuestro Delrío, (*c. 2. g. 3.*) habiéndose hecho grandes diligencias para librar á una endemoniada, y terco á todas el maldito espíritu, un dia el Dean de aquella Iglesia, acabando de decir misa, fué á conjurarla; y el demonio al instante: ¡Ah, dijo, qué bien armado vienes con aquel Pan que has recibido!—¿Qué pan, maldito? le instó el Dean: Si no es mas que pan el que he recibido en la misa, no salgas de este cuerpo; pero, si como creo es el verdadero Cuerpo de Jesucristo, en su nombre te mando te salgas de este cuerpo. ¡Cosa prodigiosa! al instante salió dando grandes bramidos, y confesando con ellos las verdades católicas.

Mas he aquí de uno en otro encadenados los milagros; porque en eso mismo que vemos está otro estupendo prodigio. Vemos la cantidad, el color, el sabor, el olor del pan y del vino; esos son los accidentes que quedan y permanecen; mas ¿cómo quedan? Sin sujeto ya en que se reciban, sin sustancia que los sustente: no la del pan, que se destruyó toda; no la del Cuerpo de Cristo, que ni tiene ese color, ni ese sabor, ni esa cantidad. ¿Pues quién sustenta así esos accidentes? Toda la Omnipotencia de Dios, que sola basta á tanta maravilla. Por aquí me daré á entender en lo que se mira para alcanzar lo que no se ve. Si llena de agua toda una grande copa de cristal, hubiera tal destreza, que dándole un golpe á la copa, quebrada ella en pedazos, el agua con todo eso se quedara en la misma figura que formaba dentro de esa

copa, ó redonda ó esquinada, ó istriada, suspensa en el aire y sin derramarse una gota, ¿qué asombro no causaría ver así detenida el agua sin quien la sustente, parada sin derramarse, y firme como si fuera sólida? ¿En qué se detiene esta agua? dirías, ¿cómo se sustenta? Pues mayor prodigio hace allí en detener suspensos sin sujetos los accidentes, el que á las aguas las supo solidificar como paredes de cristal en el mar rojo, el que las supo suspender en el aire como cristalinas rocas en el Jordán.

Mas ya que así del todo se destruye la sustancia del pan, ¿para qué, dirá alguno, quiso el Señor dejar solo los accidentes á nuestros ojos?—Lo primero, para que sirviesen de velo á nuestra veneracion, en que oculto el *Sancta Sanctorum*, de su Divino Cuerpo y Sangre, conciliara los debidos respectos á nuestras almas; para que fuesen la nube que, ocultándonos la gloria de Dios, porque no nos cegáran sus rayos incitara y avivara nuestra fé á buscar por ella sus gozos. Por eso le reveló á Santa Gertrudis, (*l. 4. cap. 25.*) que cuantas veces miramos con deseo, con ternura y con devocion la Hostia, tantas aumentamos los méritos en el alma, á que corresponderán en la otra vida otros tantos especiales deleites y gozos, á los que así lo miraren.

Deseaba con ardientes ansias una alma llegar á ver á Dios; y apareciósele Santa Teresa, y le dijo: Alma dichosa, ¿qué suspiras? ¿qué te fatigas ansiosa por ver el Rostro de Dios, si lo tienes todos los días en el Altar? El mismo que nosotros vemos en el cielo, es el que vosotros estais mirando en la Hostia; solo con la distincion, que lo que nosotros vemos con la luz de la gloria, vosotros lo veis

con la luz de la fé, con mérito; y con este mérito os podeis aumentar los gozos que nosotros ya acá no podemos.

La Beata Coleta, Monja Clarisa, (*Barri, Fab. de Jesus c. 446.*) decia que nada estimaba tanto en la tierra como sus ojos. Claro está, dirá cualquiera, que nada hay mas estimable que los ojos para ver la luz, para gozar del cielo, para divertirse en las criaturas, para gozar de la vida. Pues para nada de eso los estimaba Coleta, sino solo estimaba sus ojos para ver los accidentes de la Eucaristía: por eso solo, decia esta Virgen admirable, los estimaba tanto, que si me privara de ellos el Señor en la vida, me fuera este mi mayor tormento, porque me privaría del deleite mayor que gozo en verlos. ¡Gran fineza! Mas no advertia que supiera el Señor suplírsela aun sin tener ojos.

De la Beata Sivilina de Pavía, Monja Dominicana, refiere Fray Hernando del Castillo, (*p. 2. His. Domin. c. 20.*) que desde la edad de trece años estaba ciega; mas cuando aun sin sentirlo ella estaba cerca de este Divino Sacramento, lo conocia por una especial dulzura que sentia en el alma; y esta misma sentia cuando pasaba el Señor por la calle. Una vez, que pidiéndole al Cura de una parroquia el Santísimo para un enfermo, no lo tenia, quiso enmendar un yerro con otro mayor; llevaba pues una Hostia no consagrada; y al oír la campanilla aquella religiosa dichosamente ciega, se puso de rodillas á adorar; mas no sintió nada de la dulzura que solía: quedó afligidísima; hizo llamar al Cura, y preguntóle si aquel día habia llevado el verdadero Cuerpo de Cristo Nuestro Señor al enfermo, ó no; y refirióle lo que le pasaba. El pobre sacerdote quedó gravemente confuso, viéndose descubierto,

y le confesó la verdad. Y cuando así aun á los ciegos debajo de sus accidentes se hace sentir el Señor, ¿qué importa que aquellos velos sagrados nos lo oculten?

Mas síguese de aquí, que tantos como son puntos los del pan y del vino, tantos son allí los milagros; quiero decir, que estando todo Cristo en la Hostia, todo en el Cáliz, está todo en cada partícula, todo en cada punto. ¡Oh milagro de milagros, que para ponderarlo no bastan infinitas lenguas!

Retrátase el sol en muchas partes, en muchas vasijas de agua, en muchos espejos. El espejo quebrado en muchas partes, nos retrata en todas entero el rostro; pero no son esos mas que retratos; y allí en cada punto de la Hostia son realidades. Está el alma toda en todo el cuerpo y toda en la menor parte de él, es así; pero separada una parte, deja de estar allí ya el alma. No así en esta mejor alma de nuestra mejor gracia, que estando en toda la Hostia, por mas que se quiebre, por mas que se desmenuce, en cada menuzo está un Dios todo; así lo zela con prodigios.

De la Beata Ibera, refiere nuestro Rolando, (*in vit. c. 28.*) que se fué un dia á su Cura, y le dijo que su ministro en un pueblo distante celebraba con gran descuido la misa, y que se dejaba en el Altar las partículas. Púsose el Cura en camino; fué allá, y halló que era así; y recogiendo del Altar las partículas, las puso en el Sagrario.

Y ahora pregunto yo lo que han preguntado abortos grandes hombres: ¿Donde está Dios mas admirable, en lo grande ó en lo pequeño? ¿En fabricar los cielos, ó en formar una hormiga? ¿En llenar las inmensidades con su Sér, ó en reducirse

todo un Dios á un punto en una partícula de la Hostia? ¿Dónde mas admirable?

Teodoro, grande estatuario en bronce, refiere Plinio, (*lib. 34. c. 8.*) despues de haber hecho de esa materia estatuas admirables, quiso retratarse á sí mismo, y lo hizo en dos maneras. En una estatua bien abultada y grande, se retrató al vivo; pero en esta puso en la mano derecha una lima; en la siniestra, levantados los tres primeros dedos y juntos por las puntas, puso sobre ellos un carro de bronce con cuatro caballos; tan perfecto, que nada le faltaba; y tan pequeño, que apenas podia distinguir la vista; tan pequeño, que sobre él puesta una mosca de bronce, con las alas tapaba los caballos y el carro. ¿Y dónde, pregunto yo, se retrató mejor este grande artífice? ¿en lo grande de su estatua, ó en lo pequeñito de su carro? Allí pudo mostrar su valentía; pero aquí su saber, su sutileza, en primor admirable. ¡Oh, Dios, si en lo grande prodigioso, en lo pequeñito sin comparacion admirable! Y cuando así Dios se encoge, se estrecha y se ciñe en un punto de la Hostia, tan humilde, ¿qué busca nuestra soberbia de grandezas? ¿qué busca nuestra nada de vanas hinchazones? Enséñenoslo este suceso.

Osualdo Mulfero, en el condado de Tirol, el año de mil trescientos ochenta y cuatro, refiere Bredebraquio, de quien lo trae Marcancio, (*Mist. 4. 4. lec.*) era caballero de ilustre prosapia y de grande soberbia, por lo cual, pareciéndole que era igualarse y hacerse comun con todos, comulgando con la forma pequeña que todos comulgan, quiso que á él se le diese una Hostia grande, que aun en lo mas Divino vemos cada dia querer introducir lo humano, antelaciones de la vanidad y preferencias

de la soberbia. El sacerdote, ó mas adulator, ó menos sabio, porque Osualdo era Señor temporal de aquel lugar, no se atrevió á negar lo que debía negarle: previno una Hostia grande para comulgarlo; pero al llegar ya á recibirla, hizo Dios lo que no supo el mal sacerdote; porque al llegar la Hostia á la boca, abriéndose derrepente la tierra debajo de sus piés, iba á tragarlo, de modo que hasta las rodillas quedó enterrado: al caer, asiéndose de la esquina del Altar, como si esta fuera de blanda cera, así se le enterró en ella la mano; y conociendo él el enojo de Dios, se arrepintió y empezó á pedir perdón á voces. Mas con todo eso, no pudiendo todavía tragar la Hostia, volviéndola á recoger el Sacerdote, la guardó en el Sagrario, donde hasta hoy se conserva teñida de color de sangre, haciendo repetidos milagros. Osualdo así castigado de Dios, cayó en una grave enfermedad, en que bien arrepentido de su locura y soberbia, confesado y humilde, murió dentro de pocos dias; y para ejemplo comun, escrito en una tabla de bronce, se guarda este milagro en un pueblo llamado Cebel, en el condado de Tirol. Donde Dios hace el extremo mas admirable de su humildad, ¿qué tiene la humana soberbia que ostentar su hinchazon? Si la fé reconoce y confiesa que no recibe menos de Dios el que en aquel Sacramento recibe una pequeña partícula, que lo que recibe el sacerdote en la Hostia y en el Cáliz, reconózcase nuestra nada, cuando así todo un Dios se ciñe; conózcase nuestra miseria, cuando así el inmenso se abrevia, y ésta será disposicion agradable para que el abreviado Dios en aquel Sacramento extienda y dilate en nuestras almas la inmensidad de sus beneficios, y los interminables bienes de su gloria.

PLATICA XLVII.

DE LA SOBERANA JUNTA QUE SE HALLA EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DE LA EUCARISTÍA POR CONCOMITANCIA.

A 6 de Junio de 1694.

EN union admirable los cielos, tan coligados sus orbes, tan trabadas entre sí sus esferas forman la dulce armonía con que dán á conocer su Soberano Autor; que tocar uno solo, fué moverlos todos; imprimir en el primer mobile el impulso, fué avivar en todas las demas esferas la carrera. Corren y se mueven veloces tan inmensos Orbes, todos á un impulso, á un movimiento todos: *Unos omnes*; tan en andar de cielos, por unidos, que fuera acabar con toda la naturaleza querer detener suspenso el uno, cuando el otro veloz se gira; fuera desencadenar todo el teatro del mundo, querer parado á un cielo cuando los demas vuelvan. Esa es la liga prodigiosa, de que resulta la proporcion de los tiempos, la armonía hermosa de las luces,